



LA LUCHA CON EL OFICIO

Mi amigo, aficionado más de lo que se debe a fórmulas algo abstrusas, me dijo: "Es recia cosa dentro de mí este combate del género con la especie y de ésta con el individuo". "Explícate"-le contesté, aunque habiéndole entendido muy bien. Y me contestó: "Es que yo quiero ser yo, todo yo, sin dejar de ser español, todo un español, y quiero ser esto sin dejar de ser un europeo del todo." "¿Y has pensado -le dije- si el europeísmo o europeidad es género respecto a la españolidad, así considerada como su especie, y hasta si tú eres un individuo de la especie española?". Empezó luego él a exponerme sus luchas íntimas por conciliar y concordar tendencias al parecer contradictorias, por establecer dentro de sí mismo compromisos y fórmulas de arreglo. Y acabó diciéndome: "Se dice que gobernar es transigir; pero yo te digo que gobernarse a sí propio es transigir consigo mismo; que entre yo como autoridad y yo como súbdito hay un continuo proceso de transigencia. ¡Cuántas cosas me mando sabiendo que no he de obedecérmelas y hago luego sobre mí mismo la vista gorda por no habérmelas obedecido! ¡Bien dije el que dijera que el hombre es un nudo de contradicciones!".

Pero hay -le dije entonces a mi amigo- otro entrañado campo de lucha en que ya la relación no creo que pueda definirse como de género a especie, y es el campo de la batalla que uno riñe con su profesión, con su oficio, o ministerio civil o público. Estoy convencido de que la fuente principal de las más íntimas desgracias de los hombres está en la contradicción entre el carácter y el oficio. ¡Dura cosa, para quien tenga conciencia, la de tener que ganarse la vida con un menester que en el fondo de esa conciencia reprueba! Se oye hablar a menudo del terrible drama íntimo de un sacerdote sin vocación para su ministerio, acaso sin fe en el culto a que sirve; de la sombría tragedia de un cura incrédulo, acaso ateo, que necesita de su curato para comer. Este drama se da en todas las profesiones. ¿Qué sangre puede criarse en el corazón a un obrero socialista, enemigo de la guerra, que fabrica armas, con una de las cuales acaso mañana le maten a su propio hijo en el motín de una huelga? El problema de la vocación es el más grave en pedagogía y es el más difícil de resolver; yo creo que imposible. Es como elegir entre varios caminos sin conocerlos. Casi todas nuestras profesiones, créeme, no son sino prostitución. O lo que es lo mismo: ganapenería.

Y hasta cuando uno ha encontrado, o ha creído encontrar, aquel menester u oficio que mejor le cuadra, aquel para el que tiene vocación y afecto, ¡qué terrible combate el de librarse de la deformación profesional, el de evitar que el profesional estropee al hombre! Yo de mí te sé decir que una de las más empeñadas refriegas de mi vida interior es la de lograr cumplir lo mejor posible mi función social, o si quieres política, el ministerio por el que mi patria me sostiene, y no cumplirlo por ganapenería; ser lo que oficialmente soy con la más religiosa consagración al oficio; enseñar con espíritu todo aquello cuya enseñanza me está encomendada, y luego no dejar que los hábitos de ese oficio me deformen el alma, defender al hombre del catedrático. ¡Y no es chica faena!

Como no estoy tomándome sino como un caso de ejemplificación y esto por ser yo mismo el sujeto que más a mano encuentro y al que menos mal conozco, habrás de permitirme -le añadí a mi amigo- que te diga algo de la intensa satisfacción que experimenté hace poco al

leer en un estudio que un crítico francés dedicó a la última de mis obras, a los ensayos sobre el sentimiento trágico de la vida, que no hay nada menos clásico, nada menos universitario que mis libros. ¡Loa do sea Dios! - exclamé al leerlo, y me regocijé al pensar en mi incapacidad para escribir un libro de texto, lo que se llama un libro de texto, un tratado didáctico en que se dé soluciones a problemas científicos. Y eso sin mengua de saber servirme de los libros de texto que otros escriben. Sí; yo, un universitario encargado de la enseñanza de los clásicos helénicos, sentía el halago de que se me dijese que mis libros son de lo menos universitario y de lo menos clásico que ca ba.

Me paso la vida defendiéndome de mis propios ataques y atacándome contra mis propias defensas. Y así creo que les pase a los demás. Y si no, ¡desdichado el que sucumba bajo el oficio! Tan desdichado como el que llegue a aborrecerlo o a no sentir amor y entusiasmo por él. Y ésta es la terrible batalla: el deber de darse al oficio y el deber también de que el oficio no nos domine del todo. Yo, que quiero ser un buen catedrático, tengo un cierto horror al catedrático, o más = bien a la catedraticidad. No quiero renegar de mi ministerio, que ten go en mucho; pero no quiero que cuando corro el mundo como hombre, co mo viajero, me lo conozcan.

Y, mira; esa contradicción interior se te exteriorizará, y los unos no te perdonarán el que no reniegues de tu oficio y lo ocultes, y los otros, el que no seas siempre el oficial. Los unos no te perdonarán al profesional, y los otros, al hombre. Para éstos aparecerás un di- lettante; para aquellos un pedante. Unos te tomarán en cuenta tus pesadeces, y tus ligerezas los otros. Y les desconcertarás, porque no saben cuándo habla el hombre de la calle y de la plaza y cuándo el del aula. Y más habrán de desconcertarse cuando oigan la brava dispu ta que en ti rifien esos dos sujetos.

Y en cuanto a eso otro que a tí, amigo mío, te preocupa, de la lucha en tí entre el español y el europeo, he ahí algo que me tiene sin cuidado. Abrigo el sentimiento de que los más que se preocupan a de cultivar su europeidad, o lo que por tal entienden, no es puesta su mirada hacia dentro, hacia la patria, sino mirando a fuera, supli cando servilmente perdón de yo no sé qué pecados que nos atribuyen, mendigando una sonrisa y una palmadita de desdeñosa aprobación en la cabeza. Los que se dedican a traducir lo de por ahí fuera, es casi siempre para que los retraduzcan. Cuando no es, ¡claro está! por gana panería; que de éstos ya no se debe hablar, respetando sus necesi dades.

Si quieren cogerme y llevarme a esas tierras de Europa a exhi birme en sus museos, que no puedan hacerlo de modo que me muestren allí bien cepillado y desempolvado del polvo santo de los caminos de mi tierra. Mi patria es tierra y es de tierra; mi patria es una tie rra rocosa, que muestra, no ya sus entrañas, sino sus huesos, al sol que los caldea, unos huesos que al tocarlos queman, y no verdes car nes muelles, frescas y fofas. Tan solo acá y allá jirones de esmeral da o de oro trigueño; vestido más bien que encarnadura. Y que al que rer llevarme tenga que llevarse conmigo raíces de las que ag-arren en la roca y pedazos de roca con ellas, ¡y que pese, que pse, que pese! ¡Qué horror verme en jaula europea cantando con voz española a la canción de moda en las grandes encrucijadas o trivios de los cami nos cosmopolitas, la canción trivial! ¡Mejor los chillidos de la alon dra, que se cierne sobre el nido puesto en los trigales!

Pero esa, te lo digo, no es batalla, no cala hondo, es una in vención de nuestra vanidad insatisfecha y que se ahoga en el estrecho coto de la patria. La batalla es la otra, es la refriega contra el oficio noble y sinceramente aceptado. Y este es el combate de todo

hombre que se sienta tal y tal quiera conservarse -!todo un hombre!-; el combate de no dejarse vencer por el ministerio a que con todo el corazón y toda la cabeza, sin taañerías ni reservas, debe servir. Es la contradicción suprema de la vida civil.



Los Lunes de "El Imparcial", Madrid,

13 julio 1914? ; 13-VII-1914?

...que me sienta tal y tal quiera conservarse -!todo un hombre!-; el combate de no dejarse vencer por el ministerio a que con todo el corazón y toda la cabeza, sin taañerías ni reservas, debe servir. Es la contradicción suprema de la vida civil.

...Pero me sienta tal y tal quiera conservarse -!todo un hombre!-; el combate de no dejarse vencer por el ministerio a que con todo el corazón y toda la cabeza, sin taañerías ni reservas, debe servir. Es la contradicción suprema de la vida civil.

...Y me sienta tal y tal quiera conservarse -!todo un hombre!-; el combate de no dejarse vencer por el ministerio a que con todo el corazón y toda la cabeza, sin taañerías ni reservas, debe servir. Es la contradicción suprema de la vida civil.

...Y me sienta tal y tal quiera conservarse -!todo un hombre!-; el combate de no dejarse vencer por el ministerio a que con todo el corazón y toda la cabeza, sin taañerías ni reservas, debe servir. Es la contradicción suprema de la vida civil.

